

A person is silhouetted against a bright, green-tinted background of a forest. The person is standing on a path, leaning their right arm against a tree trunk. The overall scene is bathed in a monochromatic green light, with the person appearing as a dark shape. The text is overlaid on the image.

GREGG HURWITZ

**INSTINTO
PRIMARIO**

E

INSTINTO PRIMARIO

Greg Hurwitz

Traducción de Francesc Reyes Camp

Créditos

Título original: *Don't Look Back*

Traducción: Francesc Reyes Camps

Edición en formato digital: marzo de 2015

© 2014 by Gregg Hurwitz

© Ediciones B, S. A., 2015

Consell de Cent, 425-427

08009 Barcelona (España)

www.edicionesb.com

D.L.B.: 4.857-2015

ISBN: 978-84-9019-989-3

Conversión a formato digital: www.elpoetaediciondigital.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

*Para Delinah Raya,
«Pequeña Hércules»,
quien año tras año demuestra ser
la mejor decisión que yo haya tomado nunca*

Utiliza todas tus voces. Cuando yo ruja, ruge tú para responderme.

JAMES GOLDMAN,
The Lion in Winter

La vida ahora está tan jodida y tan complicada que no me importaría que se convirtiera, de pronto, en la simple supervivencia de quien estuviera preparado para sobrevivir.

JAMES DICKEY,
Deliverance

... de que no vuelva la vista atrás hasta que haya dejado los valles del Averno, o perdidos sus dones han de ser.

OVIDIO,
Metamorfosis

INSTINTO PRIMARIO

Prólogo

El terror llegó como una vibración, como la nota de una cuerda reverberante, como algo más sentido que oído, algo muy propio de aquel calor agobiante, de aquellos impactos de insectos inadvertidos en la cara, de la aplastante humedad nocturna que se le metía por los poros. También estaba la excitación, ese aleteo tan familiar en el estómago de cuando iba a por todas, y también esa sensación propia de las travesuras, de estar donde no debía, que ella percibía acompañada del trino de un piano. Pero el terror reinaba por encima de todo.

Al tiempo que Theresa avanzaba por la senda que subía desde el río para adentrarse en la selva, el barro se le adhería a las zapatillas, con lo que las piernas le flaqueaban y tenía la sensación de estar flotando. Más que irreal, era algo que no tenía que ver con la realidad. Al abrirse paso a través de la vegetación sentía en las pantorrillas, los muslos y los brazos el beso húmedo de las orquídeas. Llevaba la cámara digital plateada ajustada en el modo de visión nocturna.

Era lo más apropiado, puesto que podía decirse que estaba de cacería nocturna.

Por fin salió al claro. Al otro lado, un tronco caído formaba un parapeto. Más allá, la tierra se precipitaba abruptamente en un barranco.

Jadeante, se tendió de bruces y avanzó a rastras a través del claro, con tallos ásperos que le arañaban la barbilla, los insectos zumbando alrededor y las rodillas de su pantalón de *trekking* empapadas. Pero no podía arriesgarse.

Llegó al tronco y descansó un momento, oculta tras la corteza. Pensó en Grady como solía hacerlo, con esa risa de cuando le hacía cosquillas, incluso de bebé, esa que llenaba toda la habitación, esa tan contagiosa. Si ella estaba allí, era por su causa: no solamente allí en México, sino allí en ese claro, a esas horas de la noche, lejos de la seguridad de las cabañas.

Preparó la cámara, se incorporó cautelosamente y miró por encima del tronco.

Allí abajo, en el fondo del barranco, una casa de cemento se empotraba en la ladera más alejada, con tierra diseminada sobre el tejado plano. A través del filtro de visión nocturna de la pequeña cámara el mundo aparecía teñido de verde. Un paisaje de otro planeta.

Una ventana estaba abierta, como un ojo parpadeante. La vegetación se agitaba alrededor del marco. Más allá, negra.

Él estaba dentro.

A Theresa le pulsaba la cabeza. Por un momento oyó el retumbar de sus latidos y el zumbido de los insectos. Tomó una fotografía de la ventana cuadrada. Accionó el zoom. Tomó otra.

Y varias más.

Una única imagen clara, eso era todo lo que quería.

Surgió tan repentina como el ataque de una serpiente: una cara cobró forma abruptamente desde la oscuridad, y sus ojos en sombra se fijaron ladera arriba, justo en el lugar que ella ocupaba.

La estaba mirando.

Por un instante aquella mirada mortífera la dejó como clavada. Cuando logró moverse, un gemido se le escapó entre los labios y la cámara se le deslizó sobre el rostro sudoroso por el pánico. Al apartarse del tronco notó que el aparato plateado se le escurría entre los dedos y lo dejó caer. Mientras intentaba ponerse en pie entre la húmeda vegetación, sabía que no podía permitirse ninguna distracción, ni detenerse a recuperar la cámara. El tiempo de caza había concluido.

Ahora la presa era ella.

1

—¿Cuántas veces...? —preguntó ella con la boca seca—. ¿Cuántas?

Rick la miró desde su silla de piel artificial, con el codo apoyado en la mesa de despacho que habían logrado colocar en la habitación principal. La pantalla del ordenador a la altura del hombro le daba al rostro un brillo icterico.

—Cinco o seis. Siete, quizá.

Eve se humedeció los labios e intentó acompasar la respiración.

—¿Dónde?

—Normalmente en su casa.

—¿«Normalmente»?

—En un coche. Una vez.

—En un coche —repitió Eve—. Vaya. En un coche. —Apretó el puño sobre la colcha y formó un remolino en la tela.

La vocecilla interior se lo advirtió: «¡No preguntes! ¡No...!»

—¿Y cómo es ella? —preguntó.

Notaba el sudor por encima del cuello de la blusa del pijama quirúrgico que se ponía para dormir. En Los Ángeles alguien parecía haber olvidado que estaban en pleno invierno.

Rick apoyó la mano sobre la rótula y apretó como si quisiera arrancarse el hueso. Se aclaró la garganta.

—Pues es... es elegante. Hace pilates. Es rubia. Es contable. De Ámsterdam.

«Elegante. Rubia. Pilates.» Todas y cada una de esas especificaciones, sendas agujas que se le hincaban en la piel.

Eve se miró la desgastada blusa. Su aspecto era sencillo y agradable, y las tías de la familia podían decir de ella que era «mona». Eso sí podían decirlo, pero «elegante», nunca.

«Ya te vale. Ahora tendrás que confiar en mí, y yo te digo que no quieres saber nada más.»

—¿Y cuántos... cuántos años tiene?

Él levantó una mano.

—No sé qué tiene que ver eso. —Pero ella vio que no había ninguna convicción en ese intento, y él cedió bajo su mirada de escepticismo—. Vale, veintiséis.

Ella boqueó antes de que las palabras le salieran.

—Así que tenía ocho años cuando nosotros teníamos dieciocho.

—¿Y eso qué...?

—Nosotros ya teníamos la edad legal para votar, Rick, y a ella le regalaban muñecas con melena para hacerles peinados en su fiesta de cumpleaños.

Una imagen acudió a su mente: ella y Rick en su tercera cita, en el coche, por la autopista del Pacífico hacia Malibú para pasar el día tumbados en la playa. Rick había adivinado a la primera cuál era su canción de los Beatles preferida: *Let It Be*. Doscientas trece canciones, y lo había sabido.

¡Qué lejos quedaba aquello! Y no había ningún rastro de migajas que seguir para volver allá.

—¿Te acuerdas de Malibú? —preguntó. Era algo que compartían.

Asintió, apenado.

—Me gustaría que me siguieras mirando así. Como si para ti fuera una chica... especial.

Se le nublabla la vista. Hasta ese momento había aguantado, pero cuando oyó esas palabras, incluso las que ella misma pronunciaba, no pudo evitarlo. Se detestaba por ser un libro tan malditamente abierto.

Él extendió las manos y luego volvió a entrelazarlas.

—¿Qué se supone que debería decir?

«Pues tendrías que decir: "Sigues siendo especial para mí."»

—No lo sé —contestó ella, secándose las mejillas.

Un impulso repentino hizo que Rick se incorporara en la silla.

—Siento como si nuestra vida se hubiera convertido en una mentira sin alma, en una mera rutina. Correos electrónicos y PowerPoints y correos electrónicos sobre PowerPoints, y montones de cosas irrelevantes. Todas. Nada tiene la menor importancia. —Estaba hablando deprisa y atropelladamente, algo que le ocurría cuando se enfadaba—. Es como si no pudiésemos parar para mirarnos y decirnos: «No queremos vivir así.»

La mirada de Eve dio con los billetes de avión que, envueltos en alegres sobres amarillos, se hallaban sobre la estantería. Faltaban nueve meses para su décimo aniversario de pareja, y solamente hacía una semana que había reservado un *package* de vacaciones a cambio de los puntos en su tarjeta de fidelización: una semana completa en las selvas de Oaxaca. Rick había pensado que ese viaje era algo exagerado, pero ella había estudiado Biología y había seguido algún curso de español, así que ¿por qué no? Además, aquel estado era el más seguro de México, sin rastro de la violencia de los narcos que hacía que las personas desaparecieran y los cadáveres decapitados aparecieran hasta en las playas de Acapulco. No era más que una oportunidad para escapar de todas las distracciones, de los tentáculos de la comunicación moderna, de las pequeñas transgresiones que los desgastaban. Una oportunidad para aclarar las ideas, respirar aire fresco, quedar fuera de cobertura, salir de la zona de confort. Una oportunidad para recordar quiénes eran.

«Siete veces. Siete. Veces.»

El móvil de Rick gorjeó un aviso de mensaje, y ella no pudo evitar sorprenderse. El ordenador brilló, se abrió el Gmail: cuatro correos electrónicos nuevos. La pantalla se renovó, nuevos mensajes en negrita en la bandeja de entrada. La vida de un abogado de oficio, siempre localizable para emergencias que solían producirse de noche, o los fines de semana, en plenas hecatombes matrimoniales.

—... un trabajo que odio y que ni siquiera nos permite estar en casa —estaba diciendo—. Me paso el día trabajando, y cuando llego aquí no encuentro energía, tú estás con la HGTV encendida...

—Si veo la tele por la noche —repuso ella—, es porque me siento sola.

—Pero yo no sé leer los pensamientos, Eve...

El ruido metálico del pestillo anunció que la puerta iba a abrirse. Nicolas se asomó con la preocupación pintada en su carita de siete años. Su pijama a medio caer recordaba a John Darling de *Peter Pan*, lo mismo que la frente alta y solemne y los cristales de las gafas que enmarcaban unos ojos desmesurados muy propios de Disney. Sus rizos rubios tenían un tono ligeramente verdoso a causa del cloro de la piscina. A pesar de la avalancha de emociones que estaban a punto de ahogarla, en seis horas iba a tener que levantarse para llevarlo al cursillo de natación.

—¿Por qué gritas? —preguntó Nicolas.

Eve forzó una sonrisa desde el negro abismo interior y consiguió izarla hasta su cara.

—Lamento que te hayas despertado, cariño —dijo—. Estábamos... estábamos discutiendo.

—¡No, tú no! —replicó Nicolas—. ¡Era papá quien gritaba!

—Yo no estaba gritando —se defendió Rick.

—Creo que los dos podremos hablar más bajito —dijo Eve.

Rick bajó la cabeza con actitud culpable y Nicolas volvió a su cuarto. El aire acondicionado no funcionaba bien.

—No sabía que te sentías sola cuando mirabas la tele —dijo Rick—. Pensaba que no querías hablar conmigo.

Al verlo tan vulnerable, Eve sintió que la respuesta se le atragantaba. Después de catorce años seguía sintiendo una punzada cuando lo veía sufrir, fueran cuales fuesen —eso resultaba evidente ahora— las circunstancias.

—Creía que estabas hasta las narices de mí —continuó Rick. Los labios le temblaban y se llevó el puño a la boca—. Hace un mes me llamaste sin darte cuenta. Tú y Nicolas es-

tabais en el coche cantando aquello de: «Oye, niña, no quiero perderme detalle de lo que hagas...» Eso fue mágico. —Tomó aire en un jadeo—. Deseé estar con vosotros.

Ella pensó en cuándo habían dejado de decirse cosas así. Tiró de un hilo del borde de su blusa de quirófano y vio que la costura del dobladillo se descosía.

—Y luego pensé —continuó Rick— que si realmente hubiera estado con vosotros, entonces no habríais estado cantando.

Ella no respondió, porque tal vez tenía razón.

—Nunca hemos encontrado el camino de vuelta hacia nosotros desde que Nick nació —añadió él, con un aire ligeramente ensayado que hizo que Eve pensara en si ya había pronunciado con anterioridad ese alegato, ante los amigos, o el psiquiatra, o incluso ante aquella mujer. Sí, ante ella, después del pilates—. Toda la locura de los recién nacidos, con tantas necesidades... Y luego cuando se ponía enfermo, las noches sin dormir, los esfuerzos para no caer en el pánico... Y la dieta: qué cereales le iban bien, dónde encontrar pasta sin gluten, todas esas atenciones... A veces pensaba que ya no podíamos hablar de nada que no fuera eso.

Ella pensaba lo mismo, pero nunca lo había expresado. Le maravillaba ver a Rick hacerlo con esa facilidad. Simplemente exponía sus sentimientos, con crudeza, directamente, daba en el clavo, en los clavos, uno tras otro, sin que importara dónde se hundían. Y ella, perdida en la niebla, buscaba a tientas una salida.

«¿En un coche? ¿De verdad? ¿En un coche?»

—Siento como si siempre te fallara, Evie.

El móvil volvió a sonarle. Ella apartó la mirada, y sus ojos volvieron a los billetes del viaje de aniversario que descansaban esperanzados en el estante de los libros. Tras estos, *Moby Dick* permanecía polvorienta y pendiente de lectura, con la pegatina destacada del precio de la librería de la UCLA, con sus mil once páginas, para despertar la culpabilidad en Eve. Siempre iba a leerla el mes próximo. Cuando volvió a mirar, vio que Rick tenía tres correos nuevos en la

bandeja de entrada. Pensó en los que estarían esperando en la suya: de la directora de enfermeras, del monitor de natación, del ortodontista. La vida seguía avanzando, sin piedad.

Intentó sacar palabras de la melaza de sus pensamientos, ensamblándolos de alguna manera.

—Nos fallamos mutuamente —dijo por fin—. Eso es propio de los seres humanos. Nadie puede ser perfecto. Pero tenemos que intentar salir a flote juntos. No con... —Se tragó la amargura—. Ese era el trato, ¿recuerdas? Seguir luchando e intentar repararlo. Eso es lo máximo que se puede pedir. Hay tantas parejas que simplemente renuncian y se dan por vencidas...

—Estoy cansado, Evie.

Llevaba el cabello rubio desgredado e iba mal afeitado: era ese aspecto descuidado y encantador lo que la había atraído de él en el último año de la UCLA. Pareja de universitarios. Ya les habían advertido de lo que pasaría, pero no habían hecho caso. Todo sería comidas a la luz de las velas y baños de madrugada en el jacuzzi. Y ahora él había encontrado a alguien «elegante».

—Nosotros íbamos a ser diferentes —dijo ella.

—Hay algo que falta. Ya no puedo encontrarlo. Al menos, no en ti.

Esas palabras le hicieron un agujero del tamaño de un puño que le atravesaba el pecho. Se oyó contestar con una vocecita:

—Pues está aquí...

—Pues ya nunca me lo enseñas. —Al ver la expresión de ella se echó a sollozar—: Lo siento, Evie, lo siento de verdad.

Ella tuvo ganas de espetarle que se fuera a follar con su elegante contable holandesa que hacía pilates, pero pensó que Nicolas estaba tras la delgada pared, y se mordió la lengua.

Inclinó la cabeza, deshilachó el tejido, a la espera de que la garganta se le desbloqueara. No podía pronunciar las